

—¿Escribe poesía? — le pregunto trémulo, reconociendo que no merezco el honor de hablar con quien hablo.

— Sí — contesta sonriendo enigmáticamente, con sonrisa que creo alcanzar en su más cierta interpretación —; escribo poesía cuando el tema lo pide, cuando en mi espíritu se dan ciertas sensaciones anímicas producidas por cualquier asunto plétórico de emoción.

—¿Experimenta con frecuencia esas sensaciones?

—Según...; hay veces que mejor es plasmar el asunto en prosa que traducirlo en notas líricas, y entonces, en vez de escribir un poema en verso, lo vacío en su molde adecuado y lo intercalo en un fragmento novelesco o en un cuento.

— Siento molestarla, pero...

— Pregunte, pregunte cuanto quiera — responde a mi indecisión.

— A ver si pudiera decirme alguna anécdota de su vida, de su edad infantil, a ser posible.

— Mi vida — habla después de pensar lo un poco —, según he manifestado otras veces contestando el mismo requerimiento, la he pasado escribiendo: antes de saber escribir, le dictaba a mi madre mis versos... — y pone aquí doña Concha añoranzas de emocionantes recuerdos y embelesos de filiales cariños.

—¿Su mejor obra?

— No sé; quizás «*La Esfinge Maragata*»; es la más leída y, por tanto, la que más ediciones ha alcanzado. Está traducida a bastantes idiomas europeos.

De pronto, en la estancia, previamente anunciada por gentil sirvienta, aparece una bella dama y, tras los saludos e inclinaciones de rigor, aprovecho la oportunidad para despedirme.

— A los pies de ustedes, señoras. Profundamente agradecido, doña Concha.

Y sin que el titubeo de mis quince años me permita decir más — en lo que conspira también mi propia cortedad — corro, corro a poner en limpio y lanzar al correo lo que confíe a la memoria de la (para mí honrosa) conversación tenida con doña Concha Espina, alto valor literario español y prestigio mundial, abundoso, de bien escribir.

José Altabella Hernández.

(En el número próximo, entrevisté con D. Roberto Molina.)

La pobre Nela

La pobre pequeña Nela,
aquella que no tenía
a nadie que la quisiera...,
aquella niña que iba
pidiendo de puerta en puerta;
la que tenía los ojos
lo mismo que las gacelas

(en lo de grandes y negros,
que en lo de vivos, lo fueran
si el hambre no hubiera puesto
desmayos en su alma ingenua,
y andaba tan desmedrada
y de andrajos mal cubierta;
la que a mi casa venía,
porque un mendrugo le diera,
todos los jueves... ha días
que ya no llama a mi puerta

Vino a mi casa a pedirme
un día por vez primera.
Le di un mendrugo de pan,
le dije: «Toma y no vuelvas.»
Me dijo: «Hermano, no tengo
un mal albergue, siquiera
un mal vestido que cubra
mi carne flaca y enferma.»

Tembló una lágrima pura
en sus ojos de gacela.

Registré mi armario viejo,
le di una chaqueta vieja,
Le dije: «Vuelve los jueves
y te daré una moneda,
sólo los jueves...» La pobre
se adelantó hasta mi puerta
y quiso besar mi mano,
¡tan contenta!

Volvió otro día, más flaca.
Tembló en sus labios más tierna
la voz: «Hermano, esta noche...
si sólo un rincón me dieras
en el portal, dormiría...
¡Qué frío tengo! Las piernas
apenas ya me sostienen...
Hermano, si tú quisieras...»

Pensé en mi limpia morada,
pensé en la horrible miseria
de la infeliz... y más pudo
mi razón que la conciencia,
y dije que no podía
albergarla... ¡que se fuera!...

Han pasado muchos días.
La pobre pequeña Nela,
aquella que no tenía
a nadie que la quisiera
no ha vuelto a mi casa. Han dicho
que ha muerto, en una calleja,
de frío y hambre... Al saberlo,
¡me entró una pena!...

He alzado al cielo los ojos
con lágrimas que aun me queman.
¡Señor, merezco
caminar de puerta en puerta,
con hambre y frío y enfermo
y sin que nadie me quiera!
¡Señor, si con estas lágrimas
bastara a borrar la huella
de algo profundo y muy triste
que me ha herido en la conciencia,
creed que aun viviría
sin paz de pensar en Nela!
Decidle a la pobre niña
que ya estará a vuestra diestra,
¡que me perdone, que olvide
el mal que le hice, que sepa
que no he llorado en mi vida
como hoy que la lloro a ella!

RAFAEL CATALÁ LLORET



Debilidad femenil

Aquel día se levantó Elena más temprano que de costumbre, nerviosa, molesta, de un humor endiabado, cosa que no la había ocurrido durante los dos años que llevaba casada con Daniel, su adorado Daniel, de quien a su vez era amada con verdadera idolatría.

Durante aquel período de tiempo, ni la más ligera nube había empañado el diáfano y hermoso cielo de su ventura. Vivían en un continuo dúo de amor, parecían haber nacido el uno para el otro, tenían los mismos gustos refinados, los mismos deseos, los mismos sentimientos y el mismo temperamento, ardiente, apasionado. Quizás pecaban un poco de románticos; pero este defecto, si lo es, merece más disculpa que el egoísmo materialista que domina por regla general a los que reniegan del romanticismo.

Por añadidura, ella era una mujer con todos los atractivos para ser calificada de encantadora, y él lo que se llama un buen mozo en toda la extensión de la palabra. Los dos se completaban, y lo que era natural, se amaban con delirio; por más que a los ojos del mundo aparecían como un matrimonio feliz, eso sí; pero tranquilo, acompasado, normal.

—¡No puedo más!—exclamó Elena al abandonar el lecho; y vistiéndose de prisa, cogió un espejo de mano, abrió la boca delante de él y permaneció unos instantes examinando su dentadura, al mismo tiempo que su rostro aparecía contraído por un fuerte dolor.

Desde luego observó un punto negro en la primera muela superior de la izquierda. No había duda: era una carie que la producía un vivo dolor y no iba a tener más remedio que sacársela. Su hermosa dentadura sería en adelante defectuosa y esto no era tolerable. ¿Qué diría su esposo al ver en ella aquel defecto?

Reflexionó un instante y tomando una resolución, tocó el timbre para llamar a su doncella.

Apenas penetró en la estancia la preguntó con la mayor viveza:

—¿Dónde está el señor?

—Ha salido, encargándome que dijera a la señora que no volvería hasta la hora de almorzar.

—Está bien. Sin perder un ins-